

Jean d'Ormesson

Historia del judío errante



En Venecia, frente al palacio de los Dux y San Giorgio Maggiore, una pareja de enamorados escucha la narración de un sorprendente personaje que tiene muchos nombres. Su relato va a conducirles a través del espacio y del tiempo, en un torbellino de aventuras, hasta la Palestina de los tiempos de Cristo, la Italia de la Edad Media con san Francisco de Asís, China, Rusia y Arabia, la Granada que visita Chateaubriand, la corte de Napoleón, Israel en la actualidad, todas las pasiones del mundo y también todas sus miserias. El hombre que desgrana estos recuerdos o estas invenciones que se confunden con la vida, dice estar condenado a la inmortalidad porque negó un vaso de agua a Jesús camino del Calvario. Su historia revive así un mito tan universal como los de Don Juan o el Doctor Fausto, el del Judío Errante. Entre la Biblia y los cómics, entre Hegel y Arsenio Lupin, encarna la historia de los hombres, necesaria e inútil, maldita desde sus inicios y sin embargo irresistible de alegría y de felicidad.

En recuerdo de lord Jagannath,
del palacio de Tiberio
de Castel del Monte
y del rey Teodorico
en el meandro del Adigio,

non solum in memoriam
sed in intencionem.

*Tratar de infundir en los hombres
conciencia de la grandeza que
ignoran en ellos.*

ANDRÉ MALRAUX

*¿Hay algo más verdadero que la
verdad? Sí: la leyenda. Es quien
da un sentido inmortal a la efímera verdad.*

NIKOS KAZANTZAKIS

Judío errante de mí mismo...

ARAGON

Yo soy el único hombre en la Tierra
y quizá no hay ni Tierra ni hombre.
Quizá un dios me engaña.
Quizá un dios me ha condenado
al tiempo, esa larga ilusión.
Sueño la luna y sueño mis ojos
que la perciben.
He soñado la noche y la mañana
del primer día.
He soñado Cartago y las legiones
que devastaron Cartago.
He soñado a Lucano.
He soñado la colina del Gólgota
y las cruces de Roma.
He soñado la geometría.
He soñado la línea, el punto,
el plano y el volumen.
He soñado el amarillo,
el rojo y el azul.
He soñado los mapamundis
y los reinos
y el duelo al alba.
He soñado el dolor inconcebible.
He soñado la duda y la certeza.
He soñado el día de ayer.
Pero quizá no tuve ayer,
quizá no he nacido.
Sueño, quién sabe, haber soñado.

JORGE LUIS BORGES

I. La Aduana del mar

Era un día como los otros. Hacía buen tiempo. La primavera estaba de regreso en el mar interior que era, en aquel entonces, el centro del mundo conocido.

Los caballos. Había matado dos a fuerza de agotamiento. El sueño, la obsesión del agua. Los desiertos de piedras. Los grandes ríos secos, de nombres extraños y dudosos. Las altas montañas a lo lejos. La nieve en las cumbres. La caravana ondulaba. Era casi dichoso. El sol se elevaba ante ellos.

El mar, el mar, siempre el mar. Llevaban más de dos meses ahora sin ver otra cosa que el mar. La mayor parte, en torno a él, murmuraba en voz baja que iban a perecer todos. Él, el judío de Sevilla, agobiado de cansancio, sabía que no moriría

El Gran Canal desembocaba en el muelle de San Marcos. De nuevo, una vez más, Simón sintió un golpe en el pecho: apenas cambiada después de tantos siglos, sueño de eternidad en lo frágil, la ciudad de orgullo y agua se extendía ante sus ojos

No había África profunda, no había América, no había Australia, ni Nueva Zelanda, ni Fidji, ni Tonga, ni Tibet, ni Mongolia. No había Japón. Había en torno al mar interior un imperio muy poderoso en el que se cruzaban muchos pueblos y se hablaban muchas lenguas. El mundo era ya viejo. Giraba ya como gira hoy día. Había perdido el recuerdo de aquellas épocas remotas que, durante siglos de siglos, habían acumulado silencio. Nadie se acordaba ya de las catástrofes espantosas, perdidas en las noches de los tiempos, que habían acompañado su nacimiento y sus primeros sobresaltos. Jirones de recuerdos subsistían aún en las mentes e inflamaban imaginaciones cultivadas por los poetas y los viajeros. Contaban cosas terribles sobre continentes hundidos y ciudades sepultadas. Corrían rumores, a través del tiempo, sobre reinos del mar interior al parecer destruidos por el fuego y el agua. Corrían rumores, a través del espacio, sobre embajadas venidas de muy lejos, de las profundidades de un Asia de quien nadie sabía nada, y que habían llegado hasta la ciudad de mármol y oro, fundada sobre siete colinas en el centro del Imperio. La ignorancia, la incertidumbre, la contradicción, la fábula reinaban como dueñas por todas partes. Se requerían unas mentes de un poder fuera de lo normal para establecer un poco de orden, ilusorio las más de las veces, en la diversidad y el desorden del universo. Nadie, naturalmente, tenía la menor idea de la gran muralla que acababa de construir, allá lejos, en un mundo inconcebible, el primer emperador de China, que se llamaba Ts'in She Huang-Ti. Nadie conocía el nombre de Confucio o de Lao-tse, ni siquiera el de Buda, y eso que había alzado y transformado, unos centenares de años

antes, a millones de seres humanos. Nadie podía saber que en un continente desconocido, más allá de un océano del que nunca se había visto sino una orilla, una civilización del jade y pirámides colosales estaba naciendo en el esplendor y la sangre. El espacio no estaba vencido. Lo mismo que el tiempo, constituía un obstáculo imposible de salvar. La mayor parte de hombres vivían y morían en horizontes cerrados. Habrá que esperar que pase el tiempo para abolirse el espacio.

Sucesiones de guerras cuyo vago recuerdo llenaba aún las mentes habían trastornado el universo. Un héroe, un semidiós, que hablaba el mismo lenguaje que aquellos mercaderes y aquellos marineros a quienes se encontraba en los puertos, había conquistado al menos la mitad de la tierra. Aún quedaban huellas del paso de sus tropas que habían ido muy lejos hacia el este y que habían llegado, hacia el oeste, hasta los desiertos más allá del Nilo. Los que sabían, los sacerdotes, la gente de la ciudad, los sabios, aseguraban que en las orillas del gran río de leyenda, cuyas fuentes eran desconocidas y donde descansaban dioses con rostros de chacal, de cocodrilo y de ave, vivía aún, apenas cincuenta o sesenta años atrás, una reina muy hermosa cuyos antepasados, antaño, habían sido los compañeros y los lugartenientes del héroe. Corrían multitudes de historias sobre las batallas del héroe, sobre sus triunfos, sobre su muerte. Había cortado el nudo que sellaba el futuro del mundo y que nadie, antes, había logrado desatar. Había fundado muchas ciudades, varias de las cuales llevaban su nombre. Se había casado con una princesa en un país misterioso. Había abrevado su caballo en los ríos que marcaban el término del universo. Más allá se abrían abismos donde se agitaban monstruos.

En un rincón del Imperio que había sucedido al semidiós y que había conquistado todas las tierras en torno al mar interior, vivía un pequeño pueblo muy singular. Muchas ciudades y naciones habían brillado en el recuerdo de los

hombres por la belleza de sus monumentos, sus estatuas, sus jarrones o por la grandeza de sus filósofos y sus autores trágicos. Otras, cual el héroe desaparecido o como el Imperio invicto, habían dominado el mundo con el poder de sus armas y legiones. Otras aún eran muy ricas y enviaban a través del mundo navíos cargados de alhajas, piedras preciosas o ropajes de púrpura y oro. El pequeño pueblo orgulloso que había debido ceder a la fuerza del Imperio tenía un solo poder, una sola belleza, una sola riqueza: era su fe. A diferencia de los impíos que lo rodeaban por todas partes y se repartían el universo bajo la autoridad del Imperio, adoraba a un dios único que le había prometido salvarlo y castigar a sus enemigos.

Lo abrumaba el cansancio. Los demás —Francisco y Diego, y Fernando, el marinero gallo, y Rodrigo, el gigante, que no paraba de contar sus campañas contra los moros de Boabdil— habían ido, uno tras otro, a la proa del navío a decirle que no podían más y que querían volver atrás antes de caer en los abismos que iban a abrirse ante ellos, antes de ser devorados por los animales gigantescos que escuchaban torrentes de agua y que los vigías, desde lo alto de los mástiles, señalaban desde hacía varios días. Él ni siquiera tenía ese recurso del miedo. Sabía que no le ocurriría nada y que su sola presencia en la *Santa María* era prueba, de antemano, de una salvación inútil y aún desconocida que le pesaba más que todo. Cuando el joven grumete de Triana, en un acceso de locura, se había arrojado por la borda al mar, ¡cómo lo había comprendido y envidiado! El cansancio, el agotamiento, la obsesión del para qué, el deseo de acabar lo dominaban desde siempre. A bordo pasaba por un extravagante, por un tiparraco raro. Tan lejos como se remontaba en sus recuerdos sin cuento era ya lo mismo, cuando se batía en el Danubio o en las inmediaciones de Sarmizegetusa contra los dacios del decébalos, cuando acarreaba a la espalda, en el fondo de Irlanda, los inaprecia-

bles manuscritos del monasterio de Glendaloc'h, cuando acechaba a los turcos en las galeras de Bragadín, cuando vagaba con el hermano Jean por los desiertos ardorosos y helados de Asia. Nadie temía la muerte menos que él que no esperaba nada del cielo, ni del mundo, ni de los hombres.

Aquel día de primavera los paisajes, las plantas, los animales, los hombres no eran muy distintos de como son hoy. No había muchos libros. Había pocas máquinas. Y por todas partes se extendían grandes bosques, por la Galia lejana, por las llanuras al norte de los Alpes, por la Galilea muy próxima y las orillas del lago de Tiberíades donde florecía, en aquel tiempo, un país verde, sombreado, risueño, el verdadero país de *El Cantar de los Cantares* y las canciones al amado. Durante los dos meses de marzo y abril, el campo era una alfombra de flores de todos los colores. Tórtolas rápidas, mirlos tan ligeros que se posaban en las hierbas sin doblarlas, alondras con copetes, tortugas de arroyo, cigüeñas aún sin temor y sin timidez dejaban de buen grado que se les llegase bastante cerca. Por todas partes, ciudades pequeñas y grandes pueblos se apretujaban en una tierra muy poblada, indiferente al lujo, al arte, a las bellezas de la forma que amaban los griegos, pero cultivada con esmero por unos agricultores asombrosamente dotados para la especulación intelectual y para las cosas del espíritu. La campiña, en Galilea y por la zona de Tiberíades así como por las proximidades de Tiro, más al norte, abundaba en aguas frescas y en pozos. Las alquerías estaban sombreadas por higueras y parras. Los huertos eran macizos de manzanos, nogales, granados. El vino era excelente y todos bebían mucho.

Más al sur, pasadas las colinas y los valles, no lejos del mar Muerto, cuyas aguas dejaban en los labios un pronunciado sabor a sal, se alzaba, en una región más triste y casi desolada, la gran ciudad santa de los judíos. Allí, en el valle del Cedrón, se habían asentado, desde hacía siglos y más

siglos, los hijos de Abraham que habían venido de muy lejos con su familia y su fe. El rey David, cuyo nombre, gloria, amores y hasta cuyos crímenes eran cantados aún por el pueblo entero, se había adueñado de la ciudad y su hijo Salomón había edificado en ella, con la ayuda de Hiram, rey de Tiro, que había proporcionado maderas de cedro y carpinteros, el templo del Todopoderoso en el que, guardadas por dos querubines alados de madera recubierta de oro, iban a ser depositadas el arca de la alianza y las tablas de la Ley antaño inspiradas a Moisés en las alturas del Sinaí. Más tarde, pero cerca de seiscientos años antes de nuestro día primaveral, el templo había sido destruido por Nabucodonosor, que era rey de Babilonia. Había sido reconstruido, saqueado de nuevo, restaurado una vez más. Y luego, hacía ochenta años, o cosa así —y los muy ancianos se acordaban aún de aquellos siniestros sucesos—, las legiones de Pompeyo habían conquistado la ciudad santa y matado a los sacerdotes que oficiaban en el templo. Jerusalén, Judea, Palestina entera habían sido sometidas al Imperio.

Inmensas obras habían sido emprendidas por Herodes que, gracias a los romanos, había ascendido al trono de Jerusalén y a quien no amaban muchos judíos porque colaboraba con el Imperio. Profesaba, naturalmente, la religión de Moisés, pero era un idumeo y, a los ojos de la mayoría, un oportunista y un traidor. Había sido amigo de Marco Antonio a quien le debía todo e, inmediatamente después de la batalla de Actium, en la que Antonio y Cleopatra habían sido aplastados por Octavio, se había unido al vencedor que se estaba convirtiendo en el emperador Augusto. Para mantenerse en el poder, había hecho asesinar a su suegro, a su cuñado y, en último término, a su propia mujer. Se había casado diez veces. Era un príncipe incrédulo e inmoral y su crueldad, su tiranía, su servilismo con el ocupante lo habían hecho odiar y despreciar. Como muchos tiranos, había construido teatros, gimnasios, un sinfín de monumentos

que lo habían hecho pasar ante los sacerdotes y los judíos piadosos por un pagano helenizado. En el emplazamiento de una población griega, había fundado una ciudad junto al mar a la que había llamado Cesarea para ser bien visto por los romanos. Pero aquel colaborador detestado acababa de reconstruir también, más grande y más hermoso, el templo de Salomón.